

de María humildísimos, puros é inocentes. Nosotros, miserables pecadores, no merecemos sino el ser arrojados del Palacio de Dios; y sin embargo, no habrá quien nos arroje; porque María impera en él, y es Reina de misericordia y seguro Refugio de los pecadores.

Si no nos atrevemos á descansar en sus brazos, ni á llegar á sus pies, ténganos siempre en su casa como sus esclavos, porque hemos preferido ser los últimos en esa casa á vivir en los palacios de los pecadores. *Haec requies mea in saeculum saeculi.* La morada de Dios será nuestro descanso para siempre; la hemos escogido para vivir en ella eternamente.



CAPÍTULO XIV

El Calvario y la misericordia de María.

I

DIOS no tomó jamás la naturaleza de los ángeles, sino la sangre de Abraham; y por esto debió asemejarse en todo á sus hermanos, á fin de ser un Pontífice misericordioso y fiel para con Dios en orden á satisfacer por los pecados del pueblo; ya que, por haber padecido y haber sido tentado, puede socorrer á los que son tentados (1).

La propia experiencia del dolor nos hace compasivos para con todos los que sufren; y es más delicada nuestra compasión, cuanto hubiesen sido más terribles nuestras penas. Pensamos en los que padecen, y exhalamos un suspiro lleno de amargura al recordar nuestros padecimientos terribles, profundos, y en los cuales no había lugar al consuelo; y si alguno quería remediar nuestros males, le decíamos con Isaías: Apartaos de mí, yo lloraré

(1) Heb., II, 16.

amargamente; no os empeñéis en consolarme en medio de la desolación en que me encuentro (1); y volviéndonos después á los que lloran, nos sentimos llenos de compasión para con ellos. ¿Cómo dejarlos en medio de tantas angustias, y permitir que los consuma el dolor?

Cuanto hemos dicho, tuvo lugar en nuestra santa Madre: fué atravesada con una espada de dolor, y terribles fueron las angustias que padeció en el Calvario; si después de sus amargas penas, piensa en las nuestras su corazón dulcísimo, ¿dejará de conmoverse, y será indiferente á nuestros males? En todas sus acciones imitó con santa y admirable perfección á su divino Hijo, que fué un Pontífice misericordioso, que padeció y fué tentado para socorrernos en todos nuestros males. La Virgen sacratísima ¿dejaría de imitar á Jesucristo en la misericordia para con los pecadores, y en inclinarse á nosotros á fin de socorrernos en nuestras desgracias?

La compasión y la misericordia de María están relacionadas, no solamente con sus grandes dolores, sino además con la pasión y muerte de Jesús, y con la salud eterna de los hombres.

María en el Calvario. Son admirables y profundos los misterios que tales palabras nos revelan. María, la preferida del Señor entre todas las criaturas, la que es un tesoro de inocencia, la inmaculada y santísima, y que reinaria á la diestra de su Hijo divino en lo más elevado de los cielos,

(1) XXII, 4.

está en el Calvario..... en el lugar destinado para el último suplicio de los malhechores; y está contemplando las terribles agonias de su Hijo inocentísimo, nuestro Señor Jesucristo, que es injuriado y blasfemado de sus enemigos.

María contempla todos los tormentos de su Hijo; no hay ni una lágrima que salga de los ojos de la víctima divina que se escape á las miradas de la santa Madre; ni un suspiro, ni una queja que no lastimen sus oídos. Y oye también las palabras de su Hijo moribundo, que es el objeto de toda la ternura de María, su Dios y el Hijo que llevaron sus entrañas y alimentaron sus pechos virginales. Y El es inocentísimo y la misma inocencia; y descendió de los cielos por el bien de los hombres, y los hombres le han condenado á morir en un infame patíbulo.

¿Cabrá tanto dolor en el seno de María? Que sus ojos derramen torrentes de lágrimas, y que esta Madre llena de aflicción y de amargura, desahogue cuanto pueda sus terribles angustias, y las una con los padecimientos de Jesús.

Si María, volviéndose á nosotros, nos dijese: deteneos, pensad en mis grandes angustias, y decidme si hay dolor semejante á mi dolor, ¿qué podríamos contestarle? Contestarían nuestras lágrimas, y la compasión más tierna y delicada conmovería nuestras entrañas; y esto aun prescindiendo de las santas y dulces relaciones que con Ella nos ligan. ¡Ay triste y afligida Madre, dírlas, y cuánto es lo que sufre!

Esa madre que asiste á la muerte de su Hijo

divino, es también nuestra Madre; y nos ama y la amamos, y de Ella hemos recibido innumerables bienes, y de Ella todo lo esperamos; y las terribles angustias que padece, las padece por nosotros. Preguntemos ahora: ¿cabrán en nuestro pecho el dolor y la amargura; y nuestras lágrimas dejarán de correr en abundancia?

El Hijo de Dios padece el tormento de la cruz para reparar la gloria de su Padre, ultrajada en el mundo por el pecado. María no lo ignora, y su amor á ese Dios que es tan injuriado de los hombres, es el motivo de sus grandes dolores; si no conociese con tanta perfección la voluntad de Dios, y si no le amase como le ama, aquellos dolores no serían tan amargos; mas Dios se ha inclinado á Ella con tanta dulzura, y la ha colmado de tan singulares y preciosas gracias, que María queda absorta y como fuera de sí misma al pensar en el Dios que tanto la ama; y tiene que exclamar con David: ¡Oh cuán bueno es Dios para Israel, para los de corazón recto (1); para mí tendría que agregar que soy su humilde esclava! El amor y la gratitud más puros y ardientes llenan el alma de María: ¿qué no quisiera para su Dios amabilísimo, esta incomparable Virgen, que tanto le ama, y que ha recibido tantas gracias de Dios nuestro Señor? María por su parte hace cuanto puede por corresponder á la bondad divina; y siéntese desfallecer, porque los beneficios que á cada instante recibe del Señor, exceden la gratitud

(1) Ps. LXXII, 1.

de su alma, y las bendiciones y alabanzas que á cada instante le tributa. La delicadeza de su amor para con Dios, es admirable; por esto siempre está atenta á su servicio, y cumple sus mandatos, y sigue sus inspiraciones con la más sublime perfección; y todo lo quiere únicamente para Dios. Mas ¿qué es lo que pasa en el misterio que venimos contemplando? Se halla en el Calvario, y contempla un espectáculo de horror y sangre: tiene ante sus ojos al Hijo del Eterno; los hombres le han puesto en un patíbulo, y agoniza entre cruelísimos tormentos; y escucha la divina Madre las burlas y blasfemias con que le afrentan sus implacables y gratuitos enemigos. ¿Qué pasa en ese instante en el corazón de la sagrada Virgen que quiere para Dios toda bendición y gloria y cánticos de amor y alabanza, y presencia el más horrible de los crímenes, el deicidio...? Lléñanse de lágrimas los ojos de María, y tiembla de horror su corazón inmaculado y santo; y sólo Dios la puede sostener con la virtud de su brazo.

¿En dónde estáis, oh santos deseos de María por la gloria de Dios? Se han vuelto como terribles y agudísimas espadas que se hunden en su alma inocentísima y la llenan de amargura.

La bondad divina alumbró el alma de María con nuevos resplandores que le descubren cuán amable es Dios nuestro Señor, y cómo merece todo el amor de los hombres. Los innumerables y gravísimos pecados de los hijos de Adán, no pudieron detener las misericordias del Señor. Dios se ve ofendido, ultrajado por los hombres; y sin em-

ignominia, y sumergido en terribles angustias, y en tan sensible abandono, que dijo por los labios de David: Mi corazón está preparado á sufrir toda clase de oprobios y miserias. He esperado que alguno se condoliese de Mí, mas nadie lo ha hecho; he esperado que alguno me consolase, mas no he hallado quien quisiera hacerlo. Al contrario, me dieron hiel por alimento, y en medio de mi sed me dieron á beber vinagre (1).—Vos lo visteis, oh Madre afligidísima; y una nueva espada de dolor atravesó vuestras entrañas. Y visteis la indiferencia de los hombres, y cuánto atormentaron al inocente y pacientísimo Jesús; y erais su Madre.... Con razón dijo Jeremías que era grande como el mar vuestra aflicción (2); y no hay lengua humana que pueda dignamente ponderarla.

II

María en la cumbre del Calvario ha visto la guerra implacable y sangrienta del pecado contra la bondad amabilísima de Dios, y las miserias y desgracias de todos los hombres causadas por el mismo pecado. Los hombres... Dios los ha amado con ternura inmensa, con un amor que no se puede comprender: ¿qué debiera hacer por ellos que no lo haya hecho? Llegó hasta darles á su propio Hijo, santo, inocentísimo, y lo entregó á la muerte por la salud de los culpables.

(1) Ps. LXVIII, 21, 22.

(2) Thren., II, 13.

El Hijo de Dios en su agonía no se olvidaba de los hombres; moría por ellos; y cual si esto no fuese suficiente para probarles su ternura, los dejó al cuidado de María, y María los recibió por hijos, los amó con maternal cariño; mas esos nuevos hijos no son como Jesús que fué la misma inocencia, sino que son pecadores y caminan á su eterna desgracia. María no lo ignora; y su corazón, tan lleno de amarguras y dolores, tiene que sufrir un nuevo y atrocísimo tormento: los hombres son sus hijos, los ama con ternura, y los ve llenos de miserias y desgracias. ¿Qué hará la dolorosa y afligida Madre? Rogar por ellos al Señor, y no descansar un instante mientras no consiga la gracia y el perdón para esos hijos.

Llora inconsolable esta Madre amorosísima, por las ofensas que Dios recibe de los hombres; llora por la muerte de su Hijo primogénito, y también por nosotros que tantas veces la hemos afligido con nuestros delitos; mas Ella, siempre llena de bondad y de ternura, sólo piensa en remediar nuestras desgracias; y le ofrece la sangre preciosa de Jesús; esa sangre que no pide venganza, sino el perdón de los culpables. Esta Madre incomparable ofrece también sus propios méritos, y hace cuanto puede por volvernos á la gracia del Señor.

En el Calvario ha aprendido María, por su propia experiencia, cuánto es lo que una madre padece en la muerte de sus hijos; y lo que éstos sufren al morir excita su compasión y su ternura. Bien quisiera pasar á su propio corazón las penas

y dolores de aquellos seres que le son tan queridos, y por salvarlos haría con gusto los mayores sacrificios.—Madre santa, ved que vuestros hijos son unos pobres pecadores que por sus culpas se encaminan á la muerte eterna, de la cual Vos podéis salvarlos. ¿Dejaréis de hacerlo? Sois su Madre, y ellos, después de Dios, tienen en Vos sus esperanzas. ¿No os duele el corazón si pensáis en las miserias en que se hallan, y en las funestas desgracias que vendrían sobre ellos si los olvidáis?

María sabe de penas y dolores: así lo dicen las lágrimas que derramó al pie de la cruz de Jesucristo; María es madre, y con sus ruegos todo lo alcanza del Señor. ¿Podrá contener su corazón dulcísimo que sin cesar le pide piedad y gracia para los pobres pecadores? Si quisiese reprimir sus tiernísimos afectos que la inclinan á levantar á los caídos y á obtenerles el perdón, ¿llegaría á realizarlo? Esto jamás tendrá que suceder; y lejos de impedir que aquellos afectos aumenten más y más, elevará desde luego sus plegarias á Dios nuestro Señor, en favor de los pobres pecadores. Quisiera tomar sobre sí misma las angustias que los atormentan y aliviar su triste situación; mas, no contenta con esto, se acerca á nosotros, y, al acordarse que es nuestro Refugio, nos ilumina, y hace cuanto puede por volvernos al Señor; se nos presenta dulcísima y amable y llena de bondad y gracia; nos recuerda que nunca ha despreciado al que acude á Ella en busca de remedio, y que todo lo puede con Dios nuestro Señor. Recuérdanos

también que es nuestra Madre y que allá en el Calvario, entre terribles angustias y dolores, nos recibió por sus hijos; que mucho fué lo que entonces sufrió por nosotros; y que los hijos que tanto han costado, jamás su madre los llega á olvidar.

Fueron nuestras culpas las que llenaron de angustia el corazón de María, porque hicieron padecer á Jesucristo el tormento de la cruz; mas no por ellas el Hijo de Dios nos excluyó de la Redención, porque murió por salvar á los pecadores y obtenerles el perdón de todas sus maldades. María, perfecta imitadora de su Hijo Jesucristo, tiene á su vez un corazón lleno de bondad y gracia, de misericordia y de dulzura; y al acudir á Ella, nunca nos priva del auxilio de sus ruegos y siempre está dispuesta á escuchar nuestras plegarias y á rogar por nosotros al Señor; el corazón de la sagrada Virgen le imprime una dulce violencia para que así lo haga; y sus santísimos dolores le dicen de continuo: Acordaos del Calvario, de lo que allí padecisteis por los pecadores que Dios encomendó á vuestro cuidado; no los olvidéis, tened compasión de su desgracia.

Dios nos puso bajo los cuidados maternos de María; y lo hizo al morir por nosotros, para darnos la prueba más relevante de su amor. ¿Dejará esta santísima Señora de cumplir la última voluntad de Jesucristo? Y si El, aun en los dolores y el tormento de la cruz, se muestra tan padre con nosotros; si aun entonces nos enriquece con el tesoro preciosísimo de su Madre divina, ¿esta Madre

dejará de imitar la bondad y la misericordia de su Hijo?

Tenemos, pues, que añadir á los poderosos motivos porque á María llamamos Refugio de los pecadores, el haber padecido tanto por nosotros en la pasión y muerte de Jesús; y si sus santísimos dolores la inclinan siempre á socorrernos, á ser nuestro Refugio, nosotros jamás lo olvidemos al pensar en Ella y al dirigirle nuestras peticiones.

Estamos á los pies de María del Refugio, y, llenos de humildad, le descubrimos todos nuestros males, y le rogamos que nos remedie; tal vez nuestros dolores y aflicciones son tan grandes, que casi no podemos resistir: ¿dejará de consolarnos esta tierna y compasiva Madre, si le recordamos sus amargas penas y los dolores que sufrió en la muerte de Jesús? No los padeció por extraños, sino por aquellos que le había designado por hijos adoptivos su primogénito Hijo Jesucristo nuestro Señor. No hay lugar á la duda; la purísima Virgen hará por nosotros cuanto pueda; la obediencia que debe al Señor la obliga estrechamente á ello. Es cierto que es la Madre de Jesús, pero también es su esclava, y tiene su gloria en cumplir sus órdenes; y siendo éstas las últimas que tenía que dictarle, ¿dejaría de cumplirlas? Y al ponernos bajo sus cuidados, su Hijo divino le daba una prueba de amor y de confianza. No había para El un sér que le fuese más querido, ni que cumpliese sus disposiciones con mayor cuidado. Jesús amaba á los hombres sus hermanos, con una caridad generosísima. Ya los tenía encomendados á su

Padre divino: Yo ya no estoy más en el mundo, oh Padre, pero éstos quedan en el mundo; Yo estoy de partida para Ti. ¡Oh Padre santo! guarda en tu nombre á los que Tú me has dado; á fin de que sean una misma cosa por caridad, como lo somos nosotros en la naturaleza. Mientras Yo estaba con ellos, Yo los defendía en tu nombre; he guardado á los que me diste... Mas ahora vengo á Ti... No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal. Santificalos en la verdad... No ruego solamente por éstos, sino también por aquellos que han de creer en Mí por medio de su predicación (1).

El que así encomendaba los hombres á su divino Padre, quiso también encomendarlos á María, porque no ignoraba lo que por El había hecho su divina Madre, y que tendría que hacer sin duda alguna con los nuevos hijos que le encomendaba. No es extraño, por lo mismo, que María nunca nos olvide y que jamás nos niegue su santa protección.

¿Puede faltar,—decía Jeremías,—la nieve en las rocas del Líbano? ¿pueden agotarse los manantiales, cuyas frescas aguas corren sobre la tierra (2)? Tampoco llegarán á faltar los auxilios de María, ni su santa y amorosa protección.—Sin cesar brotan del seno de la santa Madre los manantiales de la gracia, porque es fuente viva de las misericordias del Altísimo. La mano del Señor no se ha

(1) Joann., XVIII.

(2) XVIII, 14.

abreviado para Ella, pues continuamente la enriquece de celestes dones, que luego María comunica á sus hijos; y el corazón de esta Madre siempre rebosa en clemencia y bondad para nosotros.

Preguntemos de nuevo: ¿podrán agotarse los manantiales de las aguas de la gracia que salen del corazón de María? ¿y llegará á disminuir nuestra confianza en Ella? Tal confianza no se funda por cierto en nuestros propios méritos, pues somos miserables pecadores; sino en que es María á quien Dios nos dió por Madre, en que es nuestro Refugio, y su corazón dulcísimo siempre la inclina á favor de sus hijos.—Añadamos á esto el testimonio de nuestra conciencia, la cual nos asegura que María nos ha socorrido en todos nuestros males y que á pesar de nuestras culpas no ha llegado á olvidarnos.

Oh Virgen santísima, oh Refugio de los pecadores, contemplad nuestros males con ojos de madre y recordaos de vuestras penas, de las terribles angustias que padecisteis por nosotros; somos hijos de vuestros dolores, y éstos son de un mérito muy grande delante del Señor; unidlos á los de Jesús, y obtendréis cuanto pidieréis. Nada hará vacilar nuestra confianza, y nunca quedaremos sin consuelo.



CAPÍTULO XV

La Madre y el Hijo.

I

Dios ha enriquecido el corazón de la madre con un tesoro precioso, el amor; mas un amor lleno de solicitud y de cuidados, amor generosísimo, paciente y que nunca se extingue, si no es con la vida de la madre.

Veda junto á la cuna de su hijo; está pendiente de él, lo cuida sin descanso. No le basta alimentarlo con la leche de sus pechos, ni arrullarlo en sus brazos, ni colmarlo de caricias; siempre piensa en ese sér querido. Así la hallaremos mientras dure la infancia del hijo; y después lo seguirá á todas partes con el corazón y con los ojos; lo instruye, lo aconseja y amonesta. Si llega á desviarse de la senda del deber, la madre ó se vale del castigo, ó emplea los encantos del amor á fin de atraerlo al buen camino. Si nada consigue, llora sin consuelo y pide á Dios con humilde y ardiente plegaria por el bien de su hijo.

La madre no es de sí misma, es de su hijo, y lo es por el amor; pero un amor vigoroso y esforzado, y que nada puede contener. No tiene en cuenta sus propios intereses, porque es generosísima; no trabaja como lo hace un mercenario, sino solamente por el bien de aquel á quien ama. Y si no es mercenario ese amor, tampoco se extingue, aunque en nada se tengan sus afectos; porque no vive principalmente para ser correspondido; y aun antes, si se ve despreciado, calla y disimula, y prosigue sin descanso en su noble tarea de hacer el bien á su amado.

Nunca al verdadero amor le falta la paciencia; y uno y muchos años espera á fin de conseguir lo que desea; y en sus reclamos de cariño y de ternura, dice una y otra vez: yo estoy á la puerta y llamo.

La paciencia del amor de Dios, llega á expresarse en estos términos: Extendí todo el día mis brazos hacia un pueblo incrédulo, y que no anda por el buen camino, sino en pos de sus ilusiones. Pueblo que continuamente me provoca á enojo en mi misma presencia (1). Ese amor no se rinde, y es invencible su paciencia. Y ¿cuál es la razón de todo esto? El gran deseo que Dios tiene de la salud de los hombres: El Señor os aguarda para usar de misericordia con vosotros y ensalzar, con perdonaros, la gloria de su nombre, porque es un Dios justo. Felices los que en El esperan..... Convertíos del fondo del corazón, hijos de Israel,

(1) Is., LXV, 2, 3.

acercándoos á El cuanto de El os habíais apartado (1).

¡Admirable paciencia de nuestro amantísimo Señor! Siempre, al volvernos á El, le hallaremos con los brazos abiertos; porque es un padre que no quiere ni procura sino el bien de sus hijos; y por más que sean muy grandes sus pecados, siempre Dios los espera y los excita al arrepentimiento.

El fuego del amor de Dios hacia los hombres es inextinguible: jamás se arrepiente de sus dones, ni la voluntad que tiene de salvarnos llegará á cambiar. Esta voluntad es siempre benigna, y nunca olvida que somos polvo. ¿Quién puede arrancarle el amor que nos tiene? Ni nuestras mismas culpas lo han llegado á conseguir; porque Dios mandó á su Hijo divino como víctima de propiciación por nuestros pecados.

Hablemos ahora del amor que la Virgen santísima tiene á los hombres. Después del amor que Dios nos tiene, no hay otro alguno que pueda compararse con el de María; porque nadie ha imitado tan perfectamente la bondad divina, como esta santísima Señora. Contemplemos las maravillas de su amor con relación á Jesucristo, y después cómo ha revelado á los hombres su maternal cariño.

Toda la vida de nuestro adorable Señor Jesucristo nos revela cuánto le amó su santa Madre. Desde el instante de la Encarnación todos los pensamientos, los cuidados y desvelos de María,

(1) Is., XXX, 18.—XXXI, 6.

tuvieron por objeto al Hijo que llevaba en sus entrañas. ¡Cuántas veces, hablando consigo la divina Madre, le diría á su corazón: corazón mío, yo te conjuro, no despiertes á mi amado, ni le quites el reposo hasta que El quiera (1); y quería disminuir los latidos de su corazón para no turbar la quietud del divino Niño que llevaba en sus entrañas, y que podía decirle: yo duermo, pero mi corazón está velando. Y ¿por quién vela ese Niño precioso, en quién piensa y á quién ama? No hay que decirlo, pues todos lo sabemos: vela por su santa Madre; piensa en la preferida de su amor, y ama á la dichosísima criatura que escogió por madre.

¿Dejaría la sacratísima Señora de pagar amor con amor, y con solicitud y maternal cariño los cuidados de su Dios?

Desde el pesebre en que reclinó á Jesús su santa Madre, hasta el sepulcro en que el mismo Jesús descansó, María siempre estará con su Hijo, y siempre atenta y llena de solicitud para con El. Si alguna vez el Niño se oculta á sus miradas y queda en Jerusalén, cuando sus santos padres volvían á Nazaret; María regresa á la santa ciudad, y le busca sin descansar un instante; y lo hace llena de amargura y con un empeño que nadie puede comprender. Aquellos tres días y tres noches pasaron tan despacio cual si fueran siglos; mas ¿qué hacer en tales circunstancias? Llorar con toda la amargura de un corazón que ama ardientemente y está lejos de su amado.

(1) Cant., III, 5.

Las oraciones y plegarias que entonces elevó al trono del Señor esta Madre afligidísima, fueron tan humildes, tan puras y ardientes, que Jesús volvió á los brazos de María; y María entonces no contuvo su ternura inmensa: ¿Por qué lo has hecho así con nosotros? Tu Padre y yo te hemos buscado llenos de dolor (1). Palabras que revelan no solamente el amor incomparable de María á su Hijo divino, sino también su solicitud y sus cuidados; palabras llenas de dolor, mas de un dolor que sólo es propio de una madre que ama hasta salir de sí misma al Hijo que llevó en su seno. Acordémonos de lo que decía el Esposo á la muy amada de su corazón: Aparta de mí tus ojos, pues me hacen salir de mí (2); y apliquémoslo á María. La hermosura de Jesús, y sus divinas miradas, y las gracias que brillan en su frente, harían que su Madre santísima una y otra vez le dijese: Oh Hijo mío, tus miradas me hacen salir de mí; yo desfallezco de amor.

Las muchas aguas de los dolores de Jesús no pudieron extinguir el amor de su Madre divina, ni los ríos de las humillaciones y amarguras del Señor, pudieron sofocarlo; porque ese amor fué pacientísimo y jamás amortiguó el fuego de sus llamas, siempre vivió en el seno de María mientras permaneció sobre la tierra; y ahora y para siempre es y será su corona de gloria allá en el cielo.

(1) Luc., II, 48.

(2) Cant., VI, 4.

Si fué tan grande el amor de la Virgen santísima á su Hijo primogénito, ¿qué dejaría para nosotros? Si fuésemos extraños á Jesús, no llamaría tanto la atención esta pregunta; mas El es nuestra cabeza y nosotros somos los miembros de su cuerpo; y, por otra parte, dijo el Señor: Lo que hicisteis con uno de mis pequeñitos hermanos, conmigo lo hicisteis (1). Somos los domésticos de Dios, sus hermanos muy queridos. No tenemos, pues, que hacer esta pregunta: ¿no habrá quedado en el corazón de María, ni un solo afecto para sus hijos adoptivos? María extiende á nosotros su amor á Jesús; y nos cuida con una solitud incomparable, jamás nos abandona, y piensa siempre en nosotros, y procura sin descanso nuestro bien.— Si nos separamos de su amor, y vivimos lejos de Ella y en las sombras del pecado, María nos busca, ruega por nosotros al Señor, y nos hace volver al divino servicio; nos trae á la memoria las gracias que por Ella hemos recibido del Señor, y nos atrae con dulzura inefable, con una misericordia benignísima, con su hermosura y sus encantos, y con la promesa del perdón; y no nos dejará mientras no consiga nuestra conversión.

¡Oh cuánto es el amor que nos tiene nuestra dulce Madre! ¿Seremos insensibles á un cariño tan desinteresado y generoso, tan constante y sufrido? No nos ama porque necesite de nosotros: es dichosísima con el amor que le tiene Jesús; y sin embargo, María busca nuestro amor con tanto em-

(1) Math., XXV, 40.

peño y con tan admirable constancia, que nunca desfallece, cual si no pudiera vivir sin nosotros.

Si para darle el corazón quisiésemos pedirle alguna cosa, esta Madre que tanto nos ama no la negaría. La prueba la tenemos en haber consentido en la muerte de Jesús, que se ofrece por nosotros. ¿Qué cosa pudiéramos pedirle, ó Ella tendría que darnos algún bien, que no lo tuviésemos en Jesucristo?

Nadie, pues, nos ha amado, fuera de Dios, como esta Virgen sacratísima que el Señor nos dió por Madre; y notemos que si en Jesús ni halló ni pudo hallar ningún obstáculo su amor de Madre, no sucede lo mismo en nosotros. ¡Cuántas veces, ay dolor, la hemos contristado!

Y hemos resistido á las insinuaciones de su dulcísimo cariño; y la indiferencia y el olvido se han apoderado de nosotros, y hemos entregado al mundo nuestro amor..... Si Ella no fuese quien es, Madre de bondad y clemencia, y Refugio de los pecadores; si no nos amase con un amor generosísimo, constante é invencible y que sabe triunfar de todos los obstáculos, y allanar las dificultades que se le presentan, ¿qué sería de nosotros? Bendito sea el Señor que puso en María todos los tesoros de su bondad y su clemencia, para que Ella se dignase dispensarlos á los miserables; y bendito sea nuestro Refugio, y el amor de nuestras almas, la incomparable y celestial María, que ruega sin descanso por sus hijos.

II

Hemos visto el amor de la Madre para con sus hijos; veamos ahora el amor de éstos para con su Madre.

Honra á tu padre, dice la Escritura, y no olvides los dolores de tu madre. Acuérdate que sin ellos no hubieras nacido; y hazlo todo por ellos como ellos lo han hecho por ti (1). Según estas palabras, ¿podremos decir que hemos cumplido enteramente con nuestros deberes de hijos? ¿hemos hecho por nuestra Madre cuanto Ella hizo por nosotros? Y tratamos de María á quien Dios nos dió por Madre.

Si recordamos lo que ha hecho por nosotros, y nos ponemos luego á examinar nuestra correspondencia tan imperfecta y tan fría, confesaremos que no hemos cumplido nuestros deberes para con Ella.

Ya hemos visto que su amor se extiende á los justos y á los pecadores; y á los unos y á los otros, siempre los recibe con amor de Madre. Ese amor ni ha sido indiferente con nosotros, ni ha llegado á olvidarnos; siempre solícito por nuestro bien, no á olvidarnos; siempre solícito por nuestro bien, no descansa ni un instante; si por desgracia nos hallamos lejos de Ella por el pecado, si nos hemos perdido siguiendo el camino de la maldad, María, perdido siguiendo el camino de la maldad, María, semejante á la esposa de los Cantares, nos bus-

(1) Eccli., VII, 29, 30.

ca y nos llama á grandes voces. No la detienen las tinieblas de la noche, ni la intimidan las patru-llas que rondan la ciudad. Si puede decir que la hirieron y la golpearon y que los que guardan las murallas le quitaron el manto; cual si en nada tuviera todo esto, prosigue su camino para ver si encuentra á sus amados hijos (1), y esos hijos no son únicamente los justos, sino también los pecadores. Tal vez tendrá que decir: los he buscado, mas no los he hallado, los he llamado y no me han respondido. ¿Dejará de buscarlos? Preguntémoslo á su Hijo divino, cuya caridad ha imitado tan perfectamente su inmaculada Madre. Jesucristo siempre caminó en pos de los extraviados, á fin de reconciliarlos con el Padre celestial, y jamás dejó de llamarlos; así lo hizo aun estando para morir: dígalo el buen ladrón, á quien buscó como el pastor que da la vida por sus ovejas, y al llamarlo le dijo estas dulcísimas palabras: Hoy estarás conmigo en el Paraíso.

Si María dejase de buscarnos, si no nos llamase con amor de madre, le diríamos con la más profunda humildad y llenos de filial confianza: Señora, acordaos de vuestro Hijo, que, estando en sus últimos momentos, buscó á un ladrón y le prometió la gloria, y no lleguéis jamás á abandonarnos. Nunca lo hará nuestra amorosa Madre; porque su amor para con el hombre es verdadero, es invencible; y nuestro olvido, y las desgracias que nos tienen oprimidos por causa del pecado, excitan

(1) Cant., VI, 7, 8.

más y más su tierna compasión. Aparta sus ojos de nuestras maldades, y sólo los pone en las penas que por ellas padecemos.

Tal ha sido y es el amor que nos tiene María; y delante de él, es como nada el afecto que por Ella sentimos.

Todo lo ha hecho por sus hijos adoptivos; y éstos, si han de corresponder á su cariño, si han de pagar sus beneficios, cuanto hagan tendrán que hacerlo por Ella: *Retribu illae, quomodo et illa tibi*. Unicamente ha vivido por nosotros, ya por su amor á Jesucristo que es nuestra cabeza, ó bien por el que tiene á sus hijos adoptivos.

No es posible corresponder cumplidamente al amor que nos tiene María: somos unos miserables que estamos cargados de defectos, y nuestras inclinaciones propenden al mal; y el amor de María, purísimo y santo, se eleva hasta Dios, á su Jesús querido, de donde desciende á nosotros. ¿Podrá el nuestro elevarse hasta Dios con la santidad y perfección que el de María? Esto, sin embargo, si en verdad nos humilla, no nos desalienta; porque es nuestro el corazón de María, y lo es también el de Jesús; y tomamos el uno y el otro para amar á quien amó Jesús sobre todas las demás criaturas; y á quien queremos amar con todo el corazón y sobre todas las cosas, exceptuando solamente el amor que debemos al Señor.

Purifiquemos más y más nuestro amor á la Virgen santísima. Tenemos que amarla por su propio mérito, porque Dios la ama y quiere que la amemos; porque es la más santa y perfecta de

todas las demás criaturas; bellísima y amable, y en quien no se halló ninguna mancha; es toda hermosa y es la preferida del Eterno.

Nuestro corazón se deja encadenar pensando en las grandezas de María, y en las innumerables gracias y virtudes que tanto la embellecen. No despedacemos las preciosísimas cadenas con que nos liga ese santo amor. Hijo mío, se dice en el Eclesiástico, pon tus pies en sus grillos y tu cuello en sus cadenas; pon el hombro y llévala contigo y no te fastidies de sus lazos. Acércate á Ella con todo tu corazón, y sigue sus caminos con todas tus fuerzas. Búscala con cuidado y se te descubrirá; y si la abrazares, nunca la dejes, porque en las postrimerías hallarás en ella tu reposo, y se te convertirá en alegría. Sus grillos serán para ti una fuerte protección, un firme apoyo; y sus argollas como un ropaje de gloria. Hay en Ella una belleza que da la vida, y sus cadenas son vínculos de salud. Te vestirás de Ella como de un vestido de gloria, y la pondrás sobre ti como una corona de gozo (1).

Es María nuestro ropaje de gloria, nuestra corona de gozo. Así nos hace hablar el amor que la tenemos; es todo nuestro encanto; y es tan benigna y amable, que nos cubre con sus méritos santísimos, y llena nuestras almas de inefable dicha: es nuestra gloria el servirla, el llevar sus santas cadenas, el ser enteramente suyos. Su altísima y sagrada dignidad y su perfección incomparable,

(1) VI, 25-32.

nos rinden á sus pies; y al contemplarla en el esplendor de su grandeza, se enciende en nuestras almas el fuego de su amor. Es nuestra amada, la que ha ligado todo nuestro afecto. Su imagen purísima la tenemos delante de los ojos; y pensamos siempre en nuestra tierna y amorosa Madre; y si un instante volvemos las miradas á otra parte, preguntámosle en seguida: ¿en dónde estáis, en dónde tenéis vuestros pastos, en qué parte descansáis al llegar el mediodía (1)? Si no nos contesta, ni sabemos donde se halla, á todos cuantos vemos rogamos que le digan, si acaso la vieren, éstas dos palabras: *Amore languo*. La amamos de una manera indecible, y queremos morir por su amor.

Nuestro amor á la Madre de Dios debe ser constante. Ella jamás ha dejado de amarnos; y si somos sus hijos, debemos imitar su conducta. Por desgracia, del afecto de muchos de nosotros pudiera decirse que es semejante á la simiente que cae sobre las piedras, que nace y crece, mas no echa raíces, y pronto se seca la planta que ha producido. Nuestro amor debe ser profundo y generoso, y no tiene que ceder jamás á los halagos del mundo, ni á las perversas inclinaciones de nuestro corazón.

Es verdad que sólo la divina gracia puede mantener hermoso y lleno de vida el amor de que tratamos; mas esa gracia nos será otorgada, si la pedimos por medio de María. Esta benignísima Señora, al vernos rendidos á sus pies, al escuchar

(1) Cant., 1, 6.

nuestras humildes plegarias, rogará por nosotros, y la amaremos todos los días de nuestra vida, y después para siempre en el cielo.

Al sentir que languidece nuestro amor, hablemos con nosotros mismos para reprendernos: ¿asi pagas el amor de María; así correspondeste á sus misericordias? ¿Te ha llegado á olvidar alguna vez, ó ha dejado de pedirte el corazón? Y es la Reina del cielo y de la tierra; y tú ¿quién eres para que esa excelentísima Señora llegue á tal extremo de bondad para contigo? El Padre la ama como su hija preferida y la ha colmado de divinas gracias; el Hijo del Eterno la escogió por Madre; y el Espíritu divino la llama su única paloma, su perfecta, su amiga, su Esposa, y la preferida á sus demás esposas, bellísima y amable sobre todas ellas. ¡Y no amarla con todo el corazón, ó permitir que llegue á amortiguarse en nuestras almas el fuego de su santa caridad!

Crezcamos en el amor de Jesucristo, que es nuestra cabeza; crezcamos también en el amor de su divina Madre. Si amamos á Jesús, amemos también á la que es su Madre muy querida; que el Hijo recibe con agrado cuanto hacemos por su santa Madre.—Por otra parte, el amor que tengamos á María, será una escala que nos eleve al amor de Jesucristo. ¡Dejaremos de amar al Hijo de Dios, si María nos le presenta amabilísimo y con una belleza encantadora; si Ella misma toma en sus manos nuestro corazón y lo consagra á Jesucristo?—Y tendrá que hacerlo, porque es nuestra Reina y Señora, y nuestro corazón le pertenece

enteramente, y nada tiene la sagrada Virgen que no lo ofrezca á su Jesús querido.

¡Ay de nosotros, si llegamos á olvidarla! ¿adónde volveríamos nuestros ojos, y á quién entregaríamos nuestro afecto? Huirían todos los bienes que habia acumulado en nuestro seno el amor de María, y vendrían á visitarnos las desgracias; y nos veríamos rodeados de tinieblas, oprimidos de tristeza; los remordimientos destrozarian vuestras entrañas, y, abandonados á nosotros mismos, rodariamos de abismo en abismo sin detenernos en las pendientes de la perdición. Tal sería nuestra suerte al olvidarnos de María, al separarnos del amor de Jesucristo.

Nuestro amor á la Madre de Dios no debe contentarse con los afectos que le dirigimos; ofrezcámosle obras de virtud; amémosla con la obra y la verdad; y así lo haremos imitando sus santísimas virtudes. Fué humildísima; humillémonos más y más los hijos de María, como se humilló la esclava del Señor.—Fué purísima; evitemos hasta la sombra del pecado, y María fijará sobre nosotros sus miradas llenas de dulzura.—María pensaba en Dios continuamente; nosotros no nos olvidemos de la presencia del Señor, de ese Padre amorosísimo que tanto cuidado tiene de sus hijos.—Sea, en fin, la vida de María el modelo de la nuestra; y entonces con filial confianza podremos decir: os amo, dulcísima Señora, sois mi encanto, el tesoro de mi alma; sois mi vida; la Virgen purísima que ha llevado en pos de sí todo mi afecto, que me ha robado el corazón; sois tan pura, tan santa y her-

mosa; tenéis un corazón tan dulce y compasivo; me amáis, me defendéis de todos los peligros; rogáis por mí á Dios nuestro Señor, y me llenáis de dones celestiales. ¿Qué haré con vos, luz de mis ojos, esperanza de mi alma, y todo mi bien después de Jesucristo? Sois el Refugio de los pecadores, inviolable y sagrado, universal y benignísimo; á nadie despreciáis, y convidáis á penitencia á los mayores criminales; porque queréis que todos nos salvemos, y así lo quiere el Niño divino que tenéis en brazos.—Rogadle por nosotros, aplacad su indignación y alcanzadnos sus gracias; permitid que os digamos de nuevo: ¿qué haremos con vos, hermosura del cielo y de la tierra? os llevaremos sobre el corazón, cantaremos sin descanso vuestras glorias, pensaremos en vos; y, después de Jesucristo, seréis en nuestra vida, en la muerte, y allá en el cielo, todo nuestro amor.

Acordaos, santísima Señora, que Dios os puso en el campo de la Iglesia cual vid que produce ricos y abundantes frutos; que sois la hermosa oliva á cuya sombra descansan vuestros hijos; comunicadnos el vino de la caridad de Dios, el óleo de vuestra misericordia, el bálsamo de los consuelos celestiales, y tened compasión de los que en vos ponen su esperanza.

Oh Refugio de los pecadores, rogad por nosotros.



Obras publicadas por el Ilmo. Sr. Obispo de
Aguascalientes, D. JOSÉ M.^o DE JESÚS
PORTUGAL, hasta el año 1909.

- I. El gran Misterio de la Santísima Trinidad.—Ejercicio de Perfección, compendio del Rodríguez.—Flores del corazón.—Impresiones religiosas de un viaje á Tierra santa.—Teología ascética y mística, compendio del Scaramelli.—La Santa Voluntad de Dios.—Mes de Enero consagrado á la divina Providencia.—Itinerario de la tierra al cielo.—Catecismo filosófico-teológico de Religión.—La Bondad divina.—El Positivismo. Su historia y sus errores.—El gran Patriarca Señor San José.—La mayor Gloria de Dios.
- II. La Divina Eucaristía.—Confidencias amorosas con Jesús Sacramentado.—La última palabra de la Iglesia en el siglo xix y el primer canto de su amor en el xx, ó sea el Sagrado Corazón de Jesús.—El Libro de la Vida, conocimiento y amor de Jesucristo.—El amable Jesús en los misterios de su divino Corazón.—El Encanto de nuestro amor, el sagrado Corazón de Jesús.—Mes de Junio del sagrado Corazón de Jesús.

III. La más pura de las vírgenes, la más tierna de las madres.—Misterios y bellezas del sagrado Corazón de María.—Cartas marianas.—María, esperanza y amor de los hombres.—La Virgen purísima de mis amores.—El mes de Mayo ó guirnalda mariana.—El mes del Rosario.—La Fragancia del Amor mariano.—La Virgen Santísima del Refugio.

CAPILLA ALFONSINA

U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta
antes de la última fecha abajo indi-
cada.

BX880

M5

V. 123

41700

AUTOR

ARANDA NOVES, Gerardo

